EPÍLOGO. Lo que aprendemos cuando miramos bien un aula

Vuelvo a la escena con la que empecé este libro. El aula de segundo de bachillerato, la mañana de primavera, los alumnos con nombres de cuatro países distintos. Y la chica al fondo que miraba hacia la ventana con esa expresión que no era tristeza sino espera.

No sé si acabó perteneciendo. Espero que sí. Espero que alguien —un tutor, una compañera, el propio centro— le haya dado razones suficientes para dejar de esperar y empezar a habitar. Pero no puedo saberlo con certeza. La escuela no garantiza los resultados: ofrece condiciones. Y las condiciones, esta vez, quizás no fueron suficientes.

La inclusión fracasa cuando el sistema escolariza tarde, reparte mal, apoya poco y escucha menos; cuando la acogida se improvisa, cuando el plan de convivencia no nombra la discriminación, cuando el bienestar se confía a la vocación individual, y cuando el alumno migrante aprende —antes incluso que el idioma— que su presencia es condicional. Pero la inclusión se vuelve verosímil cuando el centro construye seguridad, inteligibilidad y vínculo; cuando la administración distribuye con justicia; y cuando la escuela deja de pensar al recién llegado como «problema añadido» para pensarse a sí misma como comunidad capaz de ampliarse sin degradar sus promesas igualitarias.

Los números y el rostro

Los números y las normas solo cobran su sentido pleno cuando se lee detrás de ellos el rostro del educando migrante como «vivido fenómeno de vulnerabilidad» (Arboleda, 2026): un ser singular, precario, necesitado de acompañamiento, que no llega a la escuela para acumular competencias orientadas al mercado, sino para construir —si la escuela lo permite— una conciencia de vida que le habilite para actuar en el mundo con sentido edificante. Nada de esto será posible si la acción educativa no se sustenta en la función de educar: acoger al educando en su singularidad, recibirlo en su condición de necesitado, hacerle sentir que el centro escolar es genuinamente «recibidor».

En este marco, el modelo pedagógico consciente contribuye con el criterio vertebrador de todo el libro: educar es acoger en el «aquí y ahora» de la

circunstancia del educando; recibirlo como singular, sostener su pertenencia y construir condiciones para que sus resultados dependan de su esfuerzo y capacidades, no de barreras lingüísticas o desigualdades estructurales. Un centro resignifica el sentido original de la educación cuando todos quienes intervienen en él comparten una disposición real de recibir al otro: cuando la acogida se hace cultura de centro y la lengua se enseña en todas las materias (Arboleda, 2026).

Tres líneas prioritarias de investigación aplicada emergen del análisis de este libro. Primera: estudios que evalúen qué combinaciones de apoyos lingüísticos, tutoriales y psicosociales mejoran la pertenencia y la continuidad escolar, controlando por variables socioeconómicas. Segunda: información pública comparada por comunidades autónomas sobre matrícula viva, segregación interna y bienestar por origen migrante y territorio. Tercera: diseño y validación de indicadores de «acogida consciente» a nivel de centro —más allá de la competencia lingüística—, que midan en qué medida la institución opera como laboratorio relacional y ético para el educando migrante.

El nuevo país ya está naciendo

El nuevo país ya existe. Está en las aulas de los institutos públicos de las ciudades y de los pueblos. Está en los patios donde se habla árabe, español, rumano y chino en el mismo recreo. Está en las tutorías donde un alumno aprende a decir en castellano lo que siente. Ese nuevo país puede nacer unido o fragmentado. Cuando miramos bien un aula, aprendemos que el futuro no está escrito. Que depende de lo que hagamos con él. Y que la escuela —la escuela pública, la que no excluye a nadie— es uno de los pocos lugares donde todavía se puede hacer algo con esa responsabilidad. El nuevo país ya está naciendo. Vale la pena que nazca bien.